

lucionándose de acuerdo con dos principios fundamentales: satisfacer la demanda de emociones audaces y no violentar ningún concepto de la moral.

No importa demasiado saber si la película de Ford Coppola se ha planteado de acuerdo con los figurados presupuestos que más arriba se adjudicaban a los renovados productores norteamericanos. El hecho evidente es que unas gotas de verosimilitud no están reñidas con una manera tradicional y retrógrada de ver nuestro mundo. Y que esta es una estrategia capaz aún de promocionar muchos más «bluffs» de los que Ford Coppola nos ofrece ahora. ■ DIEGO GALAN.

TEATRO

Barcelona: «Chicas perdidas en el paraíso»

Con este bonito título (*Noies perdudes al paradís*) ha debutado como autor teatral Antonio Ribas Píera, de profesión habitual director cinematográfico. La obra ha tenido hasta ahora críticas feroces, la de Joan de Sagarra, en «Fotogramas», y críticas alentadoras, como la de Pérez de Olaguer en «Mundos». Ha tenido un éxito de público suficiente como para llegar a las cien representaciones, y se presta, en mi opinión, a la curiosidad y el debate por todo lo que ha querido ser y no ha sido y por todo lo que es sin haber querido ser. Un teatro que se entienda —prometía el autor— sin obligaciones contraindicas con la estética naturalista, en relación lógica con la tradición teatral del país. En este caso el país era Cataluña, y la tradición

teatral catalana más reciente es Josep Maria de Sagarra, Lluís Elías y las obras montadas para mayor lucimiento y gloria del cómico Joan Capri. Ribas es un creador situable dentro de la conciencia crítica del país, y el experimento de conseguir un teatro burgués crítico, progresivo en la forma y en el fondo, sin echar al público del teatro, tenía y tiene un indudable interés.

¿Es posible conseguir un teatro burgués progresivo poniendo en la coctelera a Brecht, a Carlos Llopió y a Castilla del Pino? No diré que no, pero Ribas quería conseguir una combinación (unión de dos o más cuerpos en un compuesto cuyas propiedades sean distintas de las de los componentes) y le ha salido una mezcla en la que los distintos ingredientes flotan a distintos niveles: un ratito de Llopió, un ratito de Castilla del Pino y un poco de Brecht. Un joven matrimonio burgués de la España más consumera que cascabelera sostiene una curiosa guerra de sexos. El marido tiene un pequeño negocio que le ayuda a proseguir una vida casi vegetativa; la mujer quiere emanciparse y escoge la *via boutique*; la niña es un ser-estorbo que casi siempre vive en casa de los padres del marido o de la mujer porque él no quiere que se críe a la sombra de las criadas. Las criadas, las chicas perdidas en el paraíso burgués de la España urbana, no son del gusto de nuestro hombre porque son la clave del alejamiento del hogar de su esposa-madre, son la sustitución de la imagen que él tiene de lo que ha de ser una esposa-madre. El mobiliario es Myc-Gavina, y las lámparas Tramo (es decir, una decoración para-milanesa), pero el celtiberismo del joven burgués no ha cambiado, se ha freudianoizado. ¿Solución? El hombre va matando a todas las criadas, sin que la mujer sospeche lo anormal de tanta mortandad. Finalmente, en la criada que cierra la lista y

la obra, es la propia esposa quien, llevada por el histerismo de una situación límite, ayuda al psicópata a desembarazarse de la mucama. El crimen ha unido finalmente a la pareja consumista.

La trama tiene su interés. Quedan bien utilizadas algunas claves sociológicas, como las diferencias clase-lengua (la obra es bilingüe, los señores hablan en catalán y las criadas en castellano) y la propia tipología social de los protagonistas centrales. En cambio es un fracaso en lo que se refiere a las alternancias de código estético (se pasa del más simple «vaude-

representaciones. Sin embargo, su intento no me parece ni descabellado ni del todo estéril. Es una vía explícitamente posibilista, de graduada rentabilidad concienciadora que no estamos en condiciones de rechazar por un purismo cultural o ideológico que sería radicalmente apátrida. ■ M. V. M.

Bilbao: Un cursillo de teatro

Lo han titulado I Cursillo de Teatro y lo han organizado en Bilbao. Comprendería cin-



ville» al costumbrismo cómico de Elías o Llopió o a un expresionismo fugaz que le sienta como un electroencefalograma a la estatua de Castellar) y a la integración armónica de todas sus propuestas comunicativas. Creo que Ribas no ha renunciado lo suficiente a sus coquetuerías intelectuales como para conseguir un «vaudeville» al revés, ni ha investigado lo suficiente la cuadratura del círculo de conseguir ese teatro burgués crítico, progresivo y con gancho para llegar a las cien

representaciones: «El Jocs», por Els Joglars; «La sesión», por el TEI; «El rehén», por Akelarre, y «Esperando a Godot», por el TIVCH, grupos los dos últimos del mismo Bilbao. A las primeras conferencias asistieron más de trescientas personas. Había interés, atención y ganas de hacer una serie de preguntas. Para las representaciones, según me dijeron los organizadores del cursillo, habían vendido muchos abonos, pero de que aquellas se iniciaran. Sólo la

frialidad de la prensa local, las líneas protocolarias y cortes, su insensibilidad cultural, contrastaban con el clima de interés que el cursillo suscitaba entre un buen número de bilbaínos.

En el programa, pese a organizar el cursillo una entidad privada, participaban, como hemos visto, dos de los más destacados grupos «independientes» españoles. Els Joglars volvían de una larga gira europea y habían ya reincorporado a su excelente director Alberto Boadella, enrolado en la televisión alemana durante los últimos meses. Sus actuaciones disminuirán en un inmediato futuro, porque necesitan tiempo para seguir madurando el espectáculo que debe seguir a «El Jocs», uno de los más importantes, sin la menor duda, del teatro español de los últimos años. En cuanto al TEI, surgido de un grupo de antiguos alumnos del TEM, ratificaba así su solidificación entre los grupos españoles que han conseguido organizarse de un modo eficaz. Los dos espectáculos bilbaínos, por su parte, nos remitan al que fue gran triunfo de Akelarre en el Festival de Valladolid de hace unos años o, en el caso de «Esperando a Godot», a la existencia en la ciudad de un teatro de bolsillo —el teatro del Instituto Vascongado de Cultura Hispánica—, donde, de forma regular, se representa la obra de Beckett los sábados y domingos.

El curso había sido planteado para hacer un par de meses, aunque las circunstancias generales del país aconsejaron por entonces un aplazamiento. Contra lo previsible, nada se ha empobrecido con el retraso. Y la atención se ha sostenido. El I Cursillo debe ser sólo el comienzo de una serie de convocatorias anuales, cada vez más complejas y más abiertas. Quizá la necesidad de quitarle al cursillo toda dimensión minoritaria y proyectarlo sobre las zonas donde pueda ser entendido es otro punto que de-